

César Miranda

(1884-1962)

HACE unos años se contaba en Montevideo este brevísimo diálogo entre el Dr. César Miranda, quien acaba de fallecer a la edad de 78 años, y un crítico local afanoso de información:

—Vengo a preguntarle unos datos sobre su maestro, Julio Herrera y Reissig.

—Yo no tenga maestro, joven. Puede retirarse.

Nada más difícil que sobrevivir al poeta que se ha sido en la juventud, sobrevivirlo con dignidad, y era comprensible que Miranda —quien fue abogado, autor de obras jurídicas, parlamentario y ocupó los altos cargos del Estado por los cuales le rindió homenaje Leda Arroyo Torres en el Consejo— se rehusara a convertirse en un desenterrado de otras épocas, objeto de curiosidad como una pieza de Museo. En una ocasión, en que yo le solicitara un prólogo para el índice de la revista Pegasus que acababa de establecer, se rehusó igualmente, explicándome que estaba muy lejos de "todo aquello".

Sólo tenía 20 años cuando publicara su primer libro de poesía *Letanías simbólicas*, producto del movimiento modernista en que, con un fervor superior al corriente, participó. Y tenía 23 cuando reincidió con *Las leyendas del alma* (1907). Había leído a Rubén Darío cuando era un adolescente, y admirado las audacias de dos uruguayos, Roberto de las Carreras y Julio Herrera y Reissig, conservando por éste un culto admirativo que explicó en *Sus Prosas* (1918), colocándolo dentro de una galería de figuras literarias para él afines: Rubén Darío, Francisco Villaespesa, Guerra Junqueiro, Omar Khayyam. Sólo faltó Verlaine y Moreas para completar el exótico friso modernista.

Y fue él quien contribuyó poderosamente al establecimiento del nombre público de Herrera y Reissig a través de la revista Pegasus que en el año 1920 marcó el último esplendor modernista en un modo epigonal. Por estas fechas, como si hubiera cumplido su propuesta misión, comienza a alejarse de la literatura y se consagra a su actividad política.

Activo participante de La Torre de los Panoramas, su propia obra literaria, como la de otros jóvenes de la época, quedó anegada por el mayor talento creador de Julio Herrera y Reissig. Pero Miranda, que gustaba llamarse entonces Pablo de Grecia, marcó desde el comienzo su voluntad de no ser un mero repetidor —véase el prólogo a *Letanías simbólicas*— sino un integrante de un gran movimiento, y esta confianza por una escuela "en la que todos fueran a un tiempo mismo maestros y discípulos" explica que de todos sus miembros haya sido él quien vio con más claridad la significación del núcleo. En un artículo de 1908 concluía su *exaltación de ese laboratorio poético*, diciendo "La Torre es acaso ejemplo único en América, de solidaridad, de amor y de desinterés. Su tarea de propaganda finalizó victoriosamente. La higienización literaria del ambiente, el aniquilamiento de falsos ídolos, el derrumbe de una superstición retardataria, la fustigación de los mercaderes del Templo, ha sido labor exclusivamente suya. Pero no es su máxima gloria, su gloria más pura "que resistirá la marea del olvido", es el haber preparado el porvenir literario de la República". Lo muchísimo que nos separa, y definitivamente, de aquel movimiento, no impide reconocer lo acertado de estas últimas palabras; por el modernismo de La Torre ingresamos a la literatura artística, y ese es un jalón ganado en modo también definitivo dentro de nuestra cultura.

Como un pionero, oscuro y fervoroso de ese movimiento, recordamos hoy al Pablo de Grecia que fue este Dr. César Miranda que acaba de morir. Al margen de sus condiciones creadoras, entendió, polémicamente, que el arte más exigente es parte decisiva del espíritu de la República.

A. R.